BIBLIOGRAFIA

concreto para dejar en claro la cuestión a que nos venimos refiriendo —validez del rescripto Pontificio a efectos civiles—, inserta un Apéndice en el que se recoge íntegra una sentencia reciente de la Corte Suprema de Justicia —Sala de Casación Civil—. En la misma, los componentes de dicho alto Tribunal, por mayoría absoluta, salvando su voto uno de los Magistrados, adoptan la tesis del reconocimiento de efectos civiles plenos al rescripto papal que disuelve el vínculo «in favorem fidei».

Un índice bibliográfico al comienzo de la obra, nos da noticia de los materiales empleados en la elaboración de la misma.

Digamos, para terminar, que se trata, a nuestro juicio, de un estudio realizado con dignidad, que si no presenta novedades sustanciales en la materia, supone, en cambio, una aportación interesante para los juristas colombianos, quienes podrán encontrar en la obra, junto a la doctrina canónica, criterios orientadores de su Derecho, en tema cuya actualidad e importancia, lejos de decaer, es bien patente. La presentación es asimismo cuidada.

JOSÉ A. IZUEL

GIUSEPPE D'ERCOLE, *Penitenza canonico-sacramentale dalle origini alla pace costantiniana*, 1 vol. de 198 págs., Collezione Communio, Pont. Università del Laterano, Roma, 1963.

Un volumen más de la colección «Communio», dirigida por el mismo autor, en el que especialmente se trata de la *Communio* y su restauración por el fiel, mediante la Penitencia.

El autor, que no necesita presentación, universalmente conocido no sólo por su prestigio como profesor de la Universidad Lateranense, sino como fecundo publicista, usa de su acostumbrado estilo incisivo y agudo, con lenguaje moderno y crítico al enfrentarse con esta etapa histórica sobre la que son tan parcas las fuentes del Derecho Canónico.

El tiempo o momento de adentrarse en tan interesante tema quizás pueda calificarse del más oportuno, ponderando el diálogo ideológico entablado entre esta obra y la conocida *Die Entwicklung des Busstufenwesens in der vornicänischen Kirche*, de J. Grotz.

La materia interesa no sólo a los histo-

riadores del derecho, bajo el aspecto de institución canónica, sino también a los historiadores de la Teología sacramental, puesto que el investigador al tratar de la Penitencia y de la excomunión —que prácticamente absorben el sistema penal de los primeros tiempos— no puede dejar de adentrarse en la teología sacramental tanto como en la historia del Derecho Canónico, dada la dependencia del foro interno al foro externo en estos primeros siglos de la Iglesia.

Se plantea el autor, en el primer capítulo, el problema de la *Communio*, bajo el aspecto del origen de vida en unión a la Iglesia cristiana, sus elementos y condiciones. En el desarrollo, basado en Io. 10, 10 y 10, 16, Jesús, Buen Pastor, es el origen de la vida y la destinación común de todos los hombres a este nuevo género de vida, es la causa de la constitución de los mismos en una *communio*, o rebaño único, bajo el único Pastor que ha dado la vida.

La Norma que rige esta Comunidad es un Testamento, sobrenatural, de finalidad escatológica, universal, sin objetivos terrenos ni nacionales.

Los elementos de esta vida en unión común son: constituirse en hijos de Dios, ser morada del Espíritu Santo y tener conciencia de la definitiva destinación a la vida celestial y a la resurrección.

Condiciones de vida: La fe y el bautismo, el amor al prójimo y la Eucaristía.

Quienes reúnan estos elementos y condiciones constituirán un organismo comunitario o Sociedad única y sólo la unión a este único rebaño deberá conferir la vida. El vínculo que une a los componentes es de fraternidad. La cabeza es Cristo, misteriosamente conservado y presente para la «*communio*» en la Eucaristía.

El aspecto disciplinar, social o jurídico della «*communio*» queda concretado en el peculiar organismo social de la Iglesia a la que se confía la total administración de los medios ordenados a la vida. Al Cabeza de la Iglesia, el Papa, se le confían las llaves del Reino, el oficio de custodio de las ovejas y corderos que están destinados a la vida; y a él y a todos los Obispos con él, el poder de legislar, juzgar, remitir y retener los pecados.

Fuera de la «*communio*» como sociedad o como Iglesia no hay vida, así como tampoco la hay independientemente de

ella. Tanto el fin del individuo, como el fin de la sociedad es la vida, en cuanto Bien de naturaleza espiritual y sobrenatural, pero a la sociedad le compete el oficio de la tutela directa del interés del individuo, y del bien común.

Sigue afirmando D'Ercole que el cristianismo no es sólo religión, ni un sistema de normas éticas, sino un modo estable de ser, conferido por Jesús para los individuos y para la Sociedad que integran; para el individuo en el sacramento del bautismo; para la sociedad en la comunión interior y exterior (disciplinar y jurídica) hasta el extremo de que la ruptura de la comunión exterior o social ordinariamente implica la ruptura de la interior, como expresan varios de los Padres antenicanos.

Por eso, cabe afirmar —estima el autor— que la comunión tal y como se da en la Iglesia es novedosa en cuanto atañe solamente a bienes espirituales y materiales de los que disfrutaban sólo quienes permanecen en comunión.

En la Escritura y en el testimonio de los Santos Padres los elementos de la comunión vienen configurados en una serie de relaciones, jerárquicas, fraternales y administrativas de los medios de la sociedad.

Toda disminución de estas relaciones lleva consigo una disminución de participación en los derechos o bienes de la sociedad: saludos, asambleas, hospitalidad, sacramentos, etc.

El capítulo segundo de la obra está dedicado a la excomunión como situación de ruptura total o parcial de los derechos y bienes derivados de la comunión. Esquemáticamente: el elemento fundamental de la sanción es la ruptura de la comunidad de vida que implica la exclusión de la asamblea de culto —en especial de los sacramentos— y una interrupción en las relaciones de convivencia. La excomunión, desde luego, separaba de la Iglesia, con la advertencia de Tertuliano: «*summum prae iudicium futuri iudicii*» y de S. Cipriano: «*extra ecclesiam nulla salus*».

El autor de la excomunión, parece ser en unos casos el Obispo o un delegado, en otros los presbíteros, los diáconos, los doctores, la comunidad, el Concilio o el mismo pecador que voluntariamente se excluía.

El capítulo tercero dedicado a la Peni-

tencia, quizás sea el más completo y profundo. Viene considerada la penitencia como medio para el restablecimiento de la comunión y de poder ser reintegrado en la Sociedad Iglesia, válido para los individuos, pero no para las excomuniones entre Obispo y Obispo o Iglesia e Iglesia, en cuyo caso el restablecimiento de comunión solía hacerse por mutuas cartas, una vez puestos de acuerdo en los puntos de fe o disciplina que los hubiesen separado.

El estado jurídico del penitente, durante el tiempo penitencial, era de privación de los mismos bienes de los que era privado el excomulgado. La Iglesia mantenía una actitud de perdón y misericordia; exigía para la remisión de la culpa la conversión sincera a Dios y la reintegración a la comunidad.

La excomunión era evidentemente una sanción penal, porque quien la padecía era privado de bienes espirituales. Pero el fin de la misma era simultáneamente vindicativo y medicinal, de duración temporal porque sólo persigue causar una actitud de expiación en el reo que la cumplirá mediante la penitencia.

No todos pueden conceder la penitencia. Unos autores la extienden a Obispos y presbíteros, otros sólo a quien impuso la pena. El Concilio de Elvira fue el primero en regular legislativamente este punto, en el sentido de que todos los Obispos que han intervenido en el Concilio y sus representantes estiman competente al Obispo de quien había emanado la excomunión.

Los actos penitenciales son una disciplina de humillación y maceración. Comprenden: la confesión del pecado, el arrepentimiento de haberlo cometido, la expiación —privación de alimento o austeridad del vestido— acompañada de la oración personal y de la comunión. No se le deja entrar a lugares de culto. El criterio de medida para la valoración de penitencias es diversísimo, según el tipo de pecado, circunstancias que lo rodean, cualidad del autor, etc. La duración de la penitencia, en estos primeros siglos, fue variable: indeterminada, tres años, diez años y la del adulterio que se daba una sola vez en la vida.

El cuarto capítulo versa sobre la paz o poder de la Iglesia de perdonar pecados y delitos, como acto posterior a la

BIBLIOGRAFIA

penitencia. La paz era otorgada por el Obispo, en ocasiones, antes de concluir el cumplimiento de la penitencia, para fortalecerles en la fe y hacerlas capaces de resistir la persecución. Si era posible la daba el mismo Obispo que había impuesto la excomunión.

S. Cipriano señala como corruptela la facilidad con que algunos presbíteros concedían la paz, a petición de los mártires o de confesores encarcelados.

Respecto al ministro del Rito de absolución plantea D'Ercole el problema del texto de S. Cipriano atribuyendo este poder al Obispo, al presbítero y al diácono.

La forma de la absolución viene unida al rito de imposición de las manos, mediante el cual lo mismo que en el bautismo, se recibe el Espíritu Santo.

La absolución produce el efecto jurídico de adscripción a la comunión: «erit iterum christianus», como Tertuliano afirma. El efecto espiritual es el solacium o recuperación del cristiano maltrecho. Sacramentalmente la penitencia torna al alma a la vida.

Los procesos son objeto del capítulo V de la Obra. Se connota la existencia de la correptio evangelica y la constante actitud de la Iglesia de provocar la confesión, corrección y perdón del reo. Con certeza no puede afirmarse que todas las confesiones de estos primeros siglos fuesen públicas. En los Padres hay pasajes de un tipo y de otro de confesiones. D'Ercole deja el problema así.

También es relevante el tema de irremisión de algunos pecados —los tradicionales contra el Espíritu Santo— sin que las fuentes permitan afirmar con seguridad la existencia de otros similares. El tema es tratado en el capítulo VI que excluye la interabilidad de la penitencia de los pecados graves, y estudia las medidas contra los reincidentes.

Finalmente, el último capítulo de la Obra aborda el problema de hasta qué punto puede afirmarse la interdependencia y no distinción del fuero interno y del fuero externo; aquí el autor reproduce, con algunos retoques un anterior trabajo suyo, publicado en Apollinaris en 1959.

Es encomiable el esfuerzo e interés con que D'Ercole aborda la crítica histórica, ofreciendo una rica relación de fuentes y una abundante bibliografía.

CECILIO LÁZARO

LUIS SIERRA, *La reacción del episcopado español ante los decretos de matrimonios del ministro Urquijo de 1799 a 1813*, 1 vol. de 297 págs. Bilbao, 1964.

Fenómeno de todos los países confesionales, es indudable que la planta regalista creció en nuestra nación en forma exuberante. Como es sabido, tras un largo proceso iniciado con los Reyes Católicos, la Iglesia española fue paulatinamente supeditándose a la política de la Corona, que acabó por ejercer sobre ella una auténtica tutela. Las continuas luchas entre los Austrias y los Pontífices, el vigoroso y unánime catolicismo del clero nacional que experimentó menos que otros la necesidad de exaltar la autoridad papal, el persistente enfrentamiento entre los nuncios y los obispos españoles y la insaciable hambre de poder de la Corona, fueron, entre otras, las más destacadas causas que dieron existencia al fenómeno regalista, de mayor complejidad y hondura de lo que habitualmente es considerado; ni siempre tuvo el mismo significado, ni los mismos ingredientes y gradación. Por sus cauces, como ha estudiado acertadamente Quintín Aldea, corrió a veces un legítimo sentimiento de oposición a las injustificadas pretensiones curiales y otras —las más— una marcada hostilidad hacia «la corte de Roma». El ímpetu que adquirió su corriente en los reinados de Felipe V o Carlos III no puede equipararse al de los tiempos de Felipe III o Carlos II.

Tampoco cabe identificar el regalismo eclesiástico que cundía en los círculos episcopales con el practicado por los ejecutores de la política de la Corona, es decir, por los canonistas miembros de la Cámara de Castilla y otros organismos estatales. Mientras que el de los primeros se basaba tanto en la vigorosa defensa de la disciplina de la antigua Iglesia de España como en motivos menos históricos, el de los segundos se justificaba en la vigilancia de las «prerrogativas» de la Corona. Aunque es indudable que esta vertiente del regalismo puso a salvo en numerosas ocasiones la independencia del Trono, a ella cabe atribuir los más injustificados excesos en sus relaciones con la Iglesia, de la que se derivaron para ésta profundas y lamentables consecuencias.

Como ha estudiado el Prof. de la Hera en su reciente libro, la hora cenital